

Entonces lanza un gemido;  
Nunca tan honda su pena  
Sintió como en esa noche  
De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa,  
Quedó la calle desierta,  
Matilde, cargando al niño,  
Corre á la plaza siniestra,  
Y su agitación es tanta,  
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,  
Y loca, convulsa, y ciega,  
Con avidez, y con ansia,  
Al fulgor de su linterna  
Mira un cadáver tendido  
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla  
Baña la faz descompuesta,  
Matilde lanza un profundo  
Grito, y se desploma yerta.

## V.

Cuando el sol de la mañana  
Bañó montes y collados,  
Y fué á buscar á los muertos  
El cura humilde del barrio;  
Descubrió con gran asombro,  
Estrechamente abrazado,  
El cadáver de una dama  
Al cadáver de Lozano,  
Y junto al fúnebre grupo,  
Llorando en el triste campo,  
Un niño que apenas muestra  
Tener de existencia un año.

## EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

Á IGNACIO PEREZ SALAZAR.

## I.

Treinta y tres años cumplidos,  
Ancha la espalda, alto el pecho,  
Estatura que disfraza  
El tosco vigor del cuerpo.  
Ojo vivo y penetrante,  
Corto el poblado cabello,  
Sin un asomo de barba,  
El bigote escaso y recio;  
Hundido sobre las cejas  
Ancho y oscuro sombrero;  
Ninguna insignia en el traje,  
Ningún militar arreo.  
Siempre prudente y callado,  
Siempre vestido de negro;  
Con una calma y un modo  
Tan natural, tan modesto,  
Que más al verle semeja  
Humilde y franco labriego,  
Que luchador indomable  
Y temido guerrillero,  
A quien los franceses nombran,  
Por su arrojo y su denuedo,  
*El león de las montañas,*  
Y que en reñidos encuentros,  
Lo mismo en Venta del Aire,  
Zitácuaro y Anganguero,  
Probó bien cuanto á su patria  
Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate  
Llegó á contemplar de lejos,  
Pues acompañado ó solo  
Entraba siempre el primero.

Nunca contó al enemigo,  
 Que donde estaba sabiendo,  
 Se apresuraba á encontrarle  
 Valiente pero sereno  
 Como todos reposado,  
 Y más que todos, resuelto;  
 Al comenzar el combate,  
 Al enemigo embistiendo,  
 Ni la cabeza inclinaba  
 Para acometerle ciego,  
 Ni con destemplados gritos  
 Daba á sus huestes aliento,  
 El valor á sus soldados  
 Brotaba con sólo verlo;  
 Que una enseña es su figura,  
 Su calma estóica un ejemplo,  
 Nada resiste á su empuje,  
 Y abre un camino su acero  
 Por el que va la victoria  
 Siempre sus huellas siguiendo.  
 Los enemigos le temen;  
 De la noche en el silencio  
 Por todas partes esperan  
 Como á un tigre sorprenderlo,  
 Mas no valen emboscadas  
 Y es vano cualquier intento,  
 Que siempre burla sus planes,  
 Desbarata sus proyectos,  
 Y los humilla y los vence,  
 Y á tanto llega su esfuerzo,  
 Que como un sér protegido  
 Por insondable misterio,  
 Le miran propios y extraños:  
 Tal es Nicolás Romero.

## II.

No tuvo Riva Palacio  
 En aquel glorioso tiempo  
 Un soldado más adicto  
 Ni un amigo más sincero.  
 Y cuéntese con que andaban  
 A su lado: Luis Robredo  
 Que en Tacámbaro sucumbe  
 A los belgas combatiendo;

El coronel Luis Carrillo,  
 Que en los muros de Querétaro,  
 Al frente de sus soldados,  
 Exhaló el postrer aliento;  
 Y Bernal, que en Uruápam,  
 Asaltando un parapeto  
 Dejó escaparse la vida  
 Por ancha herida en el pecho.  
 Y otros seres cuyos nombres  
 En el polvo se escondieron,  
 Y quedan allí esperando  
 Que la Historia, juez supremo,  
 A la vida de la gloria  
 Los llame por justo premio.  
 Por eso, como entre todos  
 Descuella el bravo Romero,  
 Y como todos lo juzgan  
 En campaña el más experto,  
 Dispone Riva Palacio  
 Dejar á su mando el cuerpo  
 Que ha combatido sin tregua  
 En el Estado de México,  
 Mientras él marcha á encargarse,  
 En Michoacán del Gobierno,  
 Y á reunir las divisiones  
 Del Ejército del Centro.  
 Transcurren algunos días,  
 Y órdenes tiene Romero  
 De ir á Tacámbaro á unirse  
 Con el resto del ejército.  
 Obedece como siempre,  
 Precipita los aprestos,  
 Y ya lista su brigada  
 En marcha se pone luego.

## III.

Es azarosa y terrible  
 La vida del guerrillero,  
 Pero lo fué más que nunca  
 Sostenida en aquel tiempo  
 Cuando flotaba triunfante  
 La bandera del Imperio,  
 Y árbitro de nuestra suerte  
 Era Napoleón tercero.

El porvenir asomaba  
Mostrando en el turbio cielo  
Anchas nubes tormentosas,  
Tristes horizontes negros,  
Y al pendón republicano  
Miraba con torvo ceño  
La victoria, sin dejarle  
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!  
Unos vivos y otros muertos:  
Vuestra abnegación asombra  
En esa lucha, teniendo  
La muerte siempre á la vista;  
Y sin esperar el éxito  
El mundo os miró luchando,  
Que no soñábais más premio  
Que combatir por la patria  
Y morir por sus derechos.  
Hasta ignorábais, humildes,  
Que de noche, en el silencio,  
Cuando las rojas hogueras  
Alumbran los campamentos,  
Pasaban entre las sombras,  
Vuestra causa bendiciendo,  
Tres espíritus sublimes  
Que os dieran heróico ejemplo.  
¡Hidalgo! de nuestras glorias  
Impulso, móvil y centro;  
Con él, un héroe que fuera  
De la Independencia el genio:  
El invencible de Cuautla!  
El intachable Morelos!  
Y con ambos la más viva  
Encarnación de este pueblo:  
El águila de su escudo.  
¡El indomable Guerrero!  
¡Soldados de las montañas!  
¡Nobles soldados del pueblo!  
Los que tuvisteis por tienda  
Praderas, montes y yermos,  
Harapos por uniforme  
Y abrupto peñón por lecho!  
Sonará siempre mi lira

Con algún acorde tierno,  
Al repetir vuestros nombres  
Y al relatar vuestros hechos.  
¡Cuántos dormís en el polvo!  
¡Cuántos, ya tristes y viejos,  
Entre olvido y amargura,  
Vivís de vuestros recuerdos!  
Perdidas las ilusiones,  
Y la fe muerta en el pecho,  
Contáis vuestras breves horas  
Envidiando á los que han muerto.  
Mi voz pretende sacaros  
De tan hondo abatimiento,  
Que si en alas polvorosas  
Lleva esas glorias el tiempo  
Yo que nací mexicano,  
Arrebatárselas quiero,  
Y como un grupo de soles  
Mostrarlas al Universo:  
¡Soldados de las montañas!  
¡Nobles soldados del pueblo!

## IV.

Como vergel escondido  
Entre montes gigantescos,  
En donde limpios arroyos  
Fertilizando aquel suelo,  
Cruzan entre las parotas,  
Retozan entre los ceibos,  
Y se ocultan en la grana  
Y después brotan ligeros,  
Brindando con sus cristales  
A los ganados sedientos,  
Mientras se posan las garzas  
En los hojosos granjenos,  
Y las guacamayas cruzan  
Con tardo y pausado vuelo;  
Hay un grupo que semeja  
Un palomar pintoresco,  
Formado de blancas chozas,  
En donde habitan contentos  
Con sus familias humildes  
Francos y altivos rancheros.  
Cerca de cuarenta leguas

Distará el naciente pueblo  
 De Zitácuaro, medidas  
 Sobre escabrosos senderos;  
 Papazindan se le llama,  
 Y de la guerra el aliento  
 No ha nublado todavía  
 El limpio azul de su cielo.  
 Una mañana se miran  
 A los ardientes reflejos  
 Del sol que nace, esos campos  
 Poblados de guerrilleros.  
 Allí pasaron la noche,  
 Allí se ve el campamento  
 Que formó la infantería  
 De la Cañada en el centro,  
 Y son aquellos soldados  
 Que inspiran amor al pueblo,  
 Los que en constante campaña  
 Manda Nicolás Romero.  
 No esperan al enemigo  
 Y como libres de riesgo,  
 Olvidando las fatigas,  
 Descansan todos contentos.  
 De súbito, se oyen tiros  
 Y blasfemias y denuestos,  
 Y como huracán terrible  
 Que no espera el mar sereno,  
 Destrozando la maleza  
 Y la tierra estremeciendo,  
 Furiosos se precipitan  
 Enemigos regimientos,  
 Acuchillando á su paso  
 Y el espanto difundiendo,  
 Sin dar á los más osados,  
 Para defenderse, tiempo.  
 Tras ese alud de jinetes  
 Los infantes vienen luego,  
 Y lo que aquellos comienzan  
 A consumir llegan éstos.  
 Nada resiste á su empuje,  
 Y muertos ó prisioneros  
 Quedan los que no han podido  
 Ir por el bosque dispersos.  
 Nada se sabe del Jefe,

Los franceses con empeño  
 Por todas partes preguntan  
 Si ha quedado vivo ó muerto;  
 Mas como nada descubren  
 Y al combate han dado término,  
 Para descansar escogen  
 El lugar de aquel siniestro.  
 Dos horas después se mira  
 Tan tranquilo todo aquello  
 Que un grupo de zúavos ríe  
 Contemplando á un compañero  
 Que en pos de arrogante gallo  
 Corre afanoso y violento.  
 El animal, ya rendido,  
 Por salvarse emprende el vuelo  
 Y entre las ramas de un árbol  
 Esconde el pintado cuerpo.  
 El zúavo llega en su busca,  
 Alza los ojos atento,  
 Y descubre, entre el ramaje,  
 Recatado un bulto negro,  
 Lanza un grito de sorpresa,  
 Requiere el arma violento,  
 Y con grandes voces llama  
 A todos sus compañeros.  
 Acuden, miran, discuten,  
 Gritan y le intiman prestos  
 Que descienda, si no quiere  
 Que sobre él rompan el fuego.  
 Muévense entonces las ramas,  
 Y lentamente, sin miedo,  
 Baja por el tronco un hombre  
 Que está vestido de negro.  
 A tal novedad acuden  
 Más jefes y subalternos,  
 Que á la par que lo contemplan  
 Le forman círculo estrecho.  
 No le conoce ninguno,  
 Mas él, á todo resuelto,  
 Les dice con voz tranquila:  
 « Yo soy Nicolás Romero ».  
 Al escuchar ese nombre,  
 Temido por todos ellos,  
 Y al contemplar desarmado

A quien vencido no vieron,  
 Asoma en todos los rostros  
 Con el asombro el contento.  
*El león de las montañas*  
 Presa del destino ciego,  
 Más debe al propio infortunio  
 Que del contrario al esfuerzo  
 Hallarse entre los franceses  
 Desarmado y prisionero.

## V.

Aunque el sol naciente brilla  
 Con deslumbrantes reflejos,  
 De la ciudad opulenta  
 Sobre el trasparente cielo;  
 Hay algo que no se explica,  
 Que pesando sobre México  
 Hace que la luz se mire  
 Con un color ceniciento,  
 Y alumbre calles y plazas  
 Como la antorcha de un féretro.  
 Los ánimos conturbados,  
 Los corazones opresos,  
 Tristeza por todas partes,  
 Por todas partes silencio.  
 El menos sagaz comprende  
 Que se prepara un suceso  
 Tan triste, tan pavoroso,  
 Tan terrible, tan funesto,  
 Que al presentirlo semeja  
 La ciudad un cementerio.  
 Desde que rayó la aurora,  
 En la penumbra se vieron  
 Marchar silenciosamente  
 Del enemigo extranjero  
 Los pesados escuadrones,  
 Los compactos regimientos;  
 No distante de la plaza,  
 En el oriental extremo  
 De la ciudad se descubre  
 Vecina de los potreros  
 De Aragón, desierta plaza,  
 De triste y misero aspecto.  
 Cierran su humilde recinto

Albergues de carboneros,  
 Y pobres chozas que alfombran  
 Guijarros y polvo seco.  
 Es la plaza de Mixcalco,  
 Que á todos infunde miedo  
 Por ser sitio en que la pena  
 Capital sufren los reos;  
 La ha regado mucha sangre:  
 Muchos el postrer aliento  
 Lanzaron allí, mirando  
 Aquel contorno siniestro;  
 Por eso los grises muros  
 Del ángulo norte izquierdo  
 Son conocidos por todos  
*Como el rincón de los muertos.*  
 Va lentamente á esa plaza,  
 En gruesas ondas el pueblo,  
 En pos de los batallones  
 Que van llegando en silencio.  
 Fórmase el cuadro, se alinean  
 Los zúavos en primer término,  
 Y entre sus filas asoman  
 Las anchas bocas de fuego.  
 Detrás cazadores de Africa,  
 Que con su marcial aspecto  
 A la inquieta muchedumbre  
 Imponen mudo respeto.  
 Alzase un rumor de pronto,  
 Como el mar que ruge fiero,  
 Abren paso los soldados,  
 Entra todo en movimiento,  
 Y en el cuadro se presenta  
 El funerario cortejo  
 Con el que van al cadalso  
 Cuatro mártires del pueblo.  
 Era el uno Roque Flores,  
 Un valeroso sargento;  
 El otro Encarnación Rojas,  
 Alférez del mismo cuerpo;  
 Higinio Alvarez, altivo  
 Comandante, muy apuesto,  
 En un tricolor zarape  
 Con suma elegancia envuelto;  
 Y con ellos muy tranquilo,

Como quien marcha á paseo,  
 El valor en la mirada  
 Y fumando y sonriendo,  
 Al patíbulo glorioso  
 Llega Nicolás Romero.  
 Fómase á los cuatro en fila,  
 Reina fúnebre silencio,  
 Los tiradores preparan,  
 Se da la señal de fuego,  
 Y al tronar de los fusiles,  
 El grito de ¡Viva México!  
 Brotando de aquellas bocas,  
 Van con su postrer aliento  
 Por el cielo de la patria  
 En nubes de gloria envuelto.

## VI.

¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!  
 Sobre vuestras tumbas crecen,  
 Inmarcesibles y eternos,  
 Los laureles con que adornan  
 Los inmortales sus templos.  
 Humildes desde la cuna,  
 Nacisteis en el silencio,  
 Y á la luz del patriotismo  
 Que se encendió en vuestros pechos  
 La historia imparcial, severa,  
 Grabó con buril de fuego  
 Vuestros nombres en sus altos,  
 Perdurables monumentos!

## EL TORDO

(21 de Mayo de 1866)

Á MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ.

Como un nido de palomas  
 Que se esconde en las cañadas,  
 Debajo de un cielo hermoso  
 Azul, sereno y sin mancha,  
 Está Huejutla, la cercan  
 Sus pintorescas montañas;  
 Bellas flores la perfuman  
 Y tres arroyos la bañan.  
 A la luz del sol naciente  
 ¡Cuán risueños se destacan  
 Sus tejados siempre rojos  
 Y sus casas siempre blancas!  
 Huejutla es la arteria rica  
 Que vida y vigor derrama,  
 De la Huasteca á la Sierra,  
 Que las estrecha y enlaza,  
 Como llave y como centro  
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días  
 De la intervención extraña,  
 Puso el Imperio en Huejutla  
 Buena parte de sus armas.  
 Más de cuatrocientos hombres  
 A la ciudad resguardaban,  
 Provistos de cuanto puede  
 Ambicionarse en campaña.  
 Llegó el veintiuno de Mayo  
 Del sesenta y seis. Erraba  
 El gran Juárez manteniendo  
 Pura de la ley el arca,  
 Por los áridos desiertos  
 Y los montes de Chihuahú.